

# El banquete

Carlos Robisco Peña

**L**a amistad con Alberto es todo un acontecimiento. El otro día me llegó una carta a su nombre que anunciaba con letras ceremoniosas el siguiente texto:

*A la atención de Manuel Ribete:*

*Querido Manuel. Son pocas las desavenencias que nos separan. Sin embargo, en estos tiempos de verano, la distancia es acusable. Y*

*aunque la distancia no agriete nuestra amistad, sí dispone una inquietud, un interés, un extraño sentimiento, que he decidido llamar "afecto ciego". Por consiguiente, he podido ser más consciente de la urgencia de mi necesidad. Como ya está dicho, nuestra amistad no depende del tiempo que pasemos juntos, sin embargo, ya que estamos los dos en este mundo, y a suerte de haber acabado juntos, me decido a querer seguir fomentando esta compañía.*

*Queda Vd. convidado a un café, una comida, y si hubiera de ser preciso, a charlar.*

*Cuando Vd. estime oportuno (el lunes me viene muy bien).*

*Espero su contestación.*

*Atentamente,*

*Alberto Marra.*

Después de escribir estas palabras, que bien podían haber sido anunciadas al son de un violín y un piano, fue tal la ilusión que en unos segundos ya le estaba llamando para confirmar, sin haberme preocupado siquiera de mirar mi agenda para el lunes.

En el camino a casa de Alberto siempre sobreviene de repente una especie de inseguridad, pasajera, pero inquietante. Una especie de bruma se despliega entre tú y tu destino y empiezas a contar tus fallos y defectos, y a ponerlos delante de las grandezas y virtudes del que en breves será tu anfitrión. No es algo que haya podido controlar hasta ahora. El camino en coche a su casa siempre se hace solitario e inquietante. Hasta el mismo momento de llamar a su telefonillo surge la duda de si tú, siendo quien eres, siendo como eres, podrás ser recibido tres pisos más arriba, por un tío que, si pudiera describirse de algún modo, sería "omni-todo".

Será la quinta o sexta vez que me presento en casa de Alberto, pero sigo sintiendo ese vértigo que separa mi dedo índice del botón del telefonillo. Y, como las otras cuatro o cinco veces, lo acabo pulsando y me veo asaltado por el pensamiento de "Ya está. Ya lo he hecho. Ahora, que sea lo que tenga que ser". Como las otras veces, subo las escaleras sin la seguridad de que merezco ser aceptado en este sitio y por esta compañía. Y cuando llego al tercer piso y me espera una puerta abierta entre todas las del rellano, me siento atraído hacia ella como quien se acerca hacia el borde de un precipicio para mirar desde las alturas, o como el actor que sale a escena por vez primera, delante de un inmenso público.

---

Dentro de la casa no veo a nadie. Hasta que entro en el salón, no vuelvo a distinguir su presencia. Alberto me saluda con un apretón de manos de los suyos (valen como un abrazo) y me invita a sentarme y a tomar café.

Nos contamos el verano. Nos recordamos nuestras vidas. Alberto mantiene su postura de indiferencia/atención que tanto sorprende. Siempre se muestra así frente a las cosas. Como si todo lo que le diera absolutamente igual fuera tan apreciado como lo que le resultara más fascinante, y viceversa. Yo no puedo distinguir si todo lo que le cuento yo son tonterías o grandezas a sus oídos. Su expresión las recoge todas con la misma tranquilidad y aceptación/indiferencia.

Después de ponernos al día, llega el momento sublime. Alberto se mete en el cuarto diseñado para unos pocos y dispuesto para muchos, se esconde entre fogones como un aprendiz independiente de magia que practica a escondidas con hechizos prohibidos. Yo me he quedado, sin ninguna indicación por su parte, en el salón, a la espera de próximas llamadas. No parece que haya que mantener conversación en este tiempo. Cuando Alberto está en cocina, el mundo puede esperar tranquilamente, y ese hilo que une a uno y a otro como amigos parece más fuerte y seguro que nunca. Resulta ciertamente difícil de explicar; lo que se siente en esta "pequeña distancia" entre Alberto, mi amigo, y yo, su amigo, es una especie de calma armoniosa, una tranquilidad que resulta tan conocida como inesperada. Es como si llegara un momento de seguridad en el que uno es plenamente consciente de que no hacen falta palabras ni presencia para ser más el uno con el otro, y que no es necesario ser más el uno con el otro. Es una tranquilidad que lleva, por unos instantes, a una hinchazón espiritual que hace casi atreverse a afirmar que esto distingue momento y eternidad. Como si esta forma de amistad llenara la casa de una luz tan intensa que podría hacerla segmentarse del resto de casas y salir flotando como un bloque de cemento y ladrillos sagrado, elevándose hacia un sitio más digno de ella.

Si hay eternidad (de la buena) en la espera, hay todavía más en el momento de la comida. Cuando, tras un rato, aparece Alberto anunciando los preliminares del manjar, se abre como una válvula que empieza a echar humo la conciencia, y empieza a gritar y a dar saltos y a chocar por dentro, como vapor luchando por salir, sabiendo que aguarda lo inesperado.

---

Los platos son dispuestos sobre la mesa con la poca ceremoniosidad de Alberto en estos menesteres. Si alguien plasmara en una fotografía este preciso instante, parecería una comida normal, típica, más bien vulgar, en la que uno de los comensales parece estar delante del primer plato de comida que ve en toda su vida.

Sucede una especie de polimerización: es como si uno mismo se fundiera con la comida a cada bocado, no para asumir uno la comida, sino para que cada bocado de manjar asimile a uno mismo como suyo. Es como si la degustación misma se apropiara de quién eres tú, y pasara a definirte como algo distinto. Las circunstancias, tiempo y lugar, son irrisorios. Lo que un bocado u otro pueden producir definen el concepto de "relevancia". Durante el banquete, palabras y enunciados se quedan pequeños. Toda la grandeza está cobrando forma por dentro, en un baile de conquista, como si esperara que el ritual esté completo para poder cantar victoria.

No parece que nos estemos alimentando, Alberto y yo. Parece que estemos subiendo juntos la cumbre de una montaña.

Así es la amistad con Alberto. Un frenesí de sensaciones inconclusas. Porque no resulta fácil distinguir lo que es efímero en un rato en su compañía. Su indiferencia/atención hace que todo resulte tan apasionante como irrelevante. Su aparente sencillez en la preparación de un plato de comida en contraste con la belleza que contiene parece poder traducirse en dos visiones contradictorias del mismo: o es una cosa más, que vale tanto como todas las demás cosas, como un árbol o una ardilla, o un globo en la mano de un niño; o es único, lo más valioso e importante que existe, que merece el cuidado de las cosas que no son para uno mismo y que se querrían entregar al mundo, como un abrazo repentino e irrefrenable, o las ganas de sonreír. No sé bien cómo entiende Alberto que es concebida su cocina. Para mí es un regalo.

Cada vez que comemos juntos, vuelvo a mi casa hecho un mar de seguridades. No porque tenga respuestas para todo (más bien vuelvo con más inquietudes, como la del origen de la belleza de sus platos), sino porque, con la constante indeterminación sobre qué piensa Alberto del mundo, de cada cosa que dices, con esta indiferencia/atención que muestra ante ti y ante todo, no puedes volver con la tranquilidad que otorga una mirada fraternal que te dice con seguridad que estáis juntos en la vida; vuelves teniendo que mirar qué tiene este tío que parece mirarlo todo con la misma pasión y tranquilidad. De lo más

---

bello a lo más insignificante. Y entre lo bello y lo insignificante te encuentras tú. Y yo no sabría a qué polo me acerco más, pero sé que, con Alberto, la cercanía a uno u otro no importa. Ante esto, lo que más me llevo a casa en mi bote remando entre un mar de seguridades es que esta forma de acoger que ha tenido Alberto conmigo, la deseo para el mundo entero. Esta forma de mirar las cosas con indiferencia/atención, me interesa. Esta especie de mira central, que no busca lo bajo ni lo alto, la pureza ni la imperfección, es la que me ha dado esta tranquilidad. Cuando salgo de casa de Alberto, deseo tratar las cosas con esta paz. Desearía poder cocinar para otros como él lo hace: poder tratar la belleza como él lo hace.

Cuando llego a mi casa, me doy cuenta de que Alberto está en la suya. Cuando me acerco a la cocina, me doy cuenta de que no es la cocina de Alberto. Cuando tomo la cena, me doy cuenta de que no soy Alberto.

Un viernes Alberto me llama por teléfono para pedirme ayuda.

"Oye, Manu. ¿Qué tal estás...? Mira, tengo que hacer hoy unas compras para una cena. ¿Te vienes?"

Por supuesto, la respuesta es "Sí". Ni me acuerdo de mirar la agenda.

Alberto me lleva en su furgoneta hasta un almacén mayorista de comida. Allí pasamos media hora larga buscando con una lista de ingredientes en la mano. Mirándolos por separado, no se aprecian los nexos, no se distingue cuál será el resultado de esta combinación de elementos. Veo muchos trazos que me llevan a hacer conjeturas, todas inconclusas y decepcionantes.

"¿Qué vas a preparar?"

Alberto me nombra un plato de origen francés, y me explica una serie de pasos que llevarán del caos al orden, convergiendo en un resultado distinguible y único. Así parece en sus palabras. Solo escucharlo da envidia. Es la magia del cocinero: lanzarse al vacío entre ollas y recetas, y dar forma, entre elementos combinados por azar o por destino, a lo inesperado, a lo imprevisible. El cocinero es el demiurgo, consigue pasar de lo inexplicable a lo inexplicable, de muchos principios a un final. Y ni siquiera podrá ver o sentir el baile que se desatará dentro de sus comensales. Por mucho que le insistan en lo (seguramente) delicioso que esté el plato, nunca podrá entender qué se ha

---

experimentado. Quién se ha topado con lo inexplicable del vacío, y quién con una luz inexplicable. Quién volverá a casa deseando poder tocar la belleza y domarla y poseerla, quién querrá regalar como Alberto le ha regalado, y quién querrá irse a dormir y no ponerse alarma.

Tras la compra, Alberto nos lleva a un rincón perdido, callejeando más allá de donde yo conozca, a una calle de empedrado antiguo, calzada agrietada y vieja, hasta un portal escondido. Es una tienda que viste de maderas viejas, pintadas de rojo, con un cartel que anuncia orgulloso "VINS DE BOURGOGNE", y una presencia clásica, resplandeciente y oxidada, con aire de único.

Aparcamos en doble y entramos. Alberto avanza con su indiferencia/tranquilidad como si pisara el palacio de Versalles o las calles olvidadas de una ciudad en ruinas. Dentro se respira exquisitez. La tienda es una sala pequeña y oscura. Hay botellas de vino dispuestas en bodegas verticales en las dos paredes. Hay hombres enfundados en trajes sin arrugas y una especie de piano sonando de fondo, que sin verlo, se podría imaginar que sale de gramola, aunque seguramente sea como mucho de *casette*. Alberto se dirige al dependiente y le pide dos botellas con nombre francés pronunciado en su español de barrio, y el dependiente le responde con magnificencia, consigue las botellas y las coloca en cajas negras con relieves dorados, las enfunda en una bolsa y se las entrega. Alberto paga y nos vamos. Quiero entender a Alberto.

"¿Por qué has comprado el vino aquí? ¿Vienes mucho a esta tienda?".

"Es un vino cojonudo. Es nada, un detallito para esta noche".

"Pero, ¿no haces tú la cena? Quiero decir... ¿Para qué quieres tener más detalles?". Hay que tener en cuenta que una comida de Alberto se mide como más que un detalle; un regalo impagable.

"Qué más da. Es cuidar un poco. Podría poner unas velitas o alguna cosa de esas. Pero a mí me gusta este vino y se lo quiero dar de beber a mis amigos".

Me bajo de la furgoneta enfrente de mi casa, Alberto y yo compartimos un apretón de manos, y subo a mi casa con un deje de tristeza y de ganas de más, y a la vez bien saciado. Preparo cena para uno y me sabe a aire y agua

---

después de haber visto desfilan toda suerte de ingredientes exóticos ante mí. Me acuesto pronto y tardo dos horas en dormirme mientras pienso en lo que podría hacer mañana.

Un día que tengo mucho trabajo, Alberto me llama por teléfono.

"Manu, ¿cómo estás? Oye, ¿te apetece cena en mi casa?"

Al día siguiente tengo que madrugar mucho. Me voy en transporte público con el portátil para ir trabajando en el camino.

Alberto me saluda con un apretón de manos (que es recíproco) y se va andando con su indiferencia/atención a la cocina. Me veo solo en la entrada de su casa, y lentamente me dirijo al salón, dispuesto a seguir trabajando mientras la cena se va preparando. En el sofá encuentro a un hombre mayor, que contará fácilmente cincuenta años, sentado tranquilamente, leyendo un librito. Viste camisa y jersey. Se levanta para saludarme y se presenta como Ezequiel.

"Soy amigo de Alberto".

"¿De qué os conocéis?"

"Yo soy de Valencia. Vengo mucho a Madrid por conferencias, y en una de estas conocí a Alberto". Me cuenta cómo fue la situación: él presentaba un libro que acababa de publicar, y a la salida de la ponencia un hombre se le acerca y le pregunta cosas que ninguno le había preguntado sobre su libro. Cosas sobre el significado, sobre lo que había provocado en él, sobre lo que le gustaría entender. Ezequiel le invitó a tomar un café al día siguiente, y quedó prendado para siempre de la magia de la inquietud/tranquilidad de Alberto (esto último lo pongo yo en palabras; él lo dice de otra forma).

Mientras esperamos a Alberto en el salón, charlando tranquilamente, llaman a la puerta. Alberto sale de sus dominios para recibir a dos personas que luego pasan con nosotros. Son un hombre bajito, que anda cojeando, y uno alto, de cara distraída, con poco y alborotado pelo, y gafas. Los dos sonrían tímidamente y nos damos la mano. El bajito se llama Daniel, es rumano y tiene otro nombre en realidad, pero nadie sabe pronunciarlo. El alto se llama Mauro. Se le entiende casi peor que a Daniel, y es de León.

---

Conversamos todos menos el anfitrión, sentados en los sillones. Daniel es obrero, tiene dos hijas y lleva en España cinco años. Vive con su familia y un amigo que comparte gastos con él, en el sur de la ciudad. Conoce a Alberto por una reforma que tuvo que hacer para un amigo en común. Mauro está en paro, y no dice mucho. Ríe todo el rato con tranquilidad, y sonrío mucho. Parece muy sencillote. Mira mucho a todos lados, como esperando encontrar algo perdido en la habitación, algo que resulte lo bastante fascinante como para mantener la mirada abstraída. Ezequiel no se pronuncia demasiado ahora. Comentando la cocina de Alberto, Daniel resopla y dice en un español tambaleante que "no ha probado mejor cosa yo, eh"; Mauro sonrío mucho sin decir nada; Ezequiel dice que nunca la ha probado.

Cuando me detengo a observar el extraño grupo, me pregunto por qué Alberto nos ha juntado a nosotros en una cena.

Ezequiel ha encontrado una colección de discos de música clásica, y pone en el reproductor uno de Chopin. Mauro sonrío mucho cuando empieza a sonar.

Al rato aparece Alberto con la olla y el salvamanteles, en un paso que a ojos de todos resulta triunfal, menos a los suyos, que se mantienen con la misma calma de siempre. Nos sentamos en la mesa. Cuando Alberto se coloca en su sitio y se pone a nuestro mismo nivel, quedando aparte la cocina y la entrada de la casa, parece que una distancia enorme le separa de todos nosotros, como si fuera un comensal situado en lo alto de una pirámide mirando impasible un manjar ordinario, mientras los demás le miran desde abajo, como si la comida viniera de las mismas alturas. Con un "que aproveche" da comienzo el banquete.

Yo mismo me veo a años luz del plato. Es algún tipo de carne envuelta en crema, con setas y unas hojitas de rúcula. El momento de tomar contacto con la comida se hace sublime. Se siente como mirar por vez primera a una mujer bonita, y que ella te devuelva la mirada. Se hace la mujer más bonita de todas durante unos instantes, durante una noche, durante el tiempo en el que permanezca envuelta de misterio. Y, cuando, por fin, el misterio se desvela, y de descubrir a una chica en una mirada se pasa a descubrir a una chica en una conversación, y la belleza queda todavía más expuesta, destapada e intocable, y más deseada resulta; cuando esto sucede, se abre una nostalgia, un verse expuesto uno mismo como es ante la inmensidad, y la incapacidad de aferrarla. Cada mirada y palabra de la belleza de la chica es un regalo, un susurro hacia el

---



alma. Una mirada a los ojos. Esta mirada se deshace por dentro en un bocado. Y cada bocado pide más belleza. Parece que de nostalgia se pasa a posesión. Pero es una posesión bonita mientras se sabe que todavía queda comida. Cuando me veo frente al plato vacío, es como si una promesa se hubiera desvanecido en el aire. Es como chocarse contra un muro de hormigón cuando sigues a ojos cerrados un camino de rosas.

Ezequiel felicita varias veces a Alberto, insistiendo mucho en que resulta delicioso.

Todos hemos terminado. Las notas de un piano destacan por encima de nosotros. Ezequiel detiene el mundo con sus palabras de pronto, y empieza a hablarnos de la pieza que está sonando. Una pieza que retrata la lluvia, y el devenir de los cambios de ánimo, la eterna pregunta, el deseo de algo diferente, la tranquilidad y la tempestad. Todo enfrentado en un continuo fluir de notas que caen como agua, poco a poco. Mientras Ezequiel habla, todos callamos y escuchamos atentamente. Mauro mantiene la boca abierta y los ojos apretados, como si intentara distinguir todo lo posible en este hombre que cuenta tantas cosas; Daniel y Alberto están tranquilos, con mirada serena. Yo estoy al borde del llanto. Lo que cuenta Chopin, lo que destaca Ezequiel, resulta absolutamente fascinante y conmovedor. Cuando termina, no puedo evitar dirigir mi mirada a Alberto, esperando su reacción. Éste asiente tranquilamente, como si lo que acabara de oír fuera lo más espectacular que nunca le hayan contado, y como si, al mismo tiempo, no tuviera interés alguno en seguir despiezando una serie de notas. Sin mover otro músculo de la cara, se levanta y empieza a recoger. Daniel enseguida se levanta para ayudarle.

Una hora después de un postre y un café, Daniel y Mauro anuncian que deben marcharse. Ezequiel y yo hacemos lo propio. Alberto se levanta, nos acompaña hasta la puerta y nos despide con un apretón de manos.

Mientras vuelvo a mi casa, no pienso en trabajar. Navego en mi balsa, en este mar de seguridades en el que siempre me deja Alberto, flotando, a la deriva. No sé bien en qué puerto acabaré esta noche. Muchas preguntas cruzan mi ruta. ¿Cómo es posible que Alberto mire así a tanta gente, tan diversa? ¿Cómo puede existir una relación así entre todos estos a los que en una noche, por el simple hecho de saber que son amigos de Alberto, he sentido más cercanos que muchos amigos de toda la vida? ¿Quién es Alberto? ¿De dónde ha salido esa mirada? ¿Cómo es posible esta belleza, que todos hemos reconocido

---

en él? Desearía por un instante que se quedara manco para poder cocinarle, ponerle música y escribirle cartas yo mismo. Y hacerlo acompañado de tantos otros que, sin tener conmigo ni vida ni costumbres en común, como Daniel, Mauro o Ezequiel, harían también lo que fuera necesario para servir así.

En el bus de vuelta a casa, habiendo dejado atrás las preguntas, y aun flotando en mi balsa a la deriva, saco el portátil y me dispongo a retomar el trabajo. Frente a mí veo a una chica joven dormida, de aspecto sucio y descuidado, con magulladuras en el brazo, tatuajes subiendo por el cuello, y mucho, mucho maquillaje. Mi balsa se tambalea un poco como si mi tranquilidad se basara en una pompa de felicidad que solo se sostiene por no conocer más que el mundo de facilidades que Alberto ha puesto a mi disposición. Hay gente triste. No hay vidas fáciles. Cierro mi portátil y me pierdo en el mar. Ojalá pudiera invitar yo a comer a esta chica. Ojalá supiera hacer eso con las setas y con la ensalada, y con la pasta, y con el vino. Ojalá pudiera presentarle a Alberto.

Llego a casa, trabajo un rato, me pongo la alarma y me acuesto con el estómago lleno. Doy vueltas en la cama mientras intento imaginar la historia de Daniel, Mauro y Ezequiel. De cuando en cuando, me viene un regusto a la cena de hoy. Aun siendo un vago eco, no puedo mirarla con indiferencia/atención. No puedo evitar sentirla como algo grandioso.

Mañana madrugo. Cambio la alarma para despertarme todavía más temprano. En el camino puedo parar en una tienda de vinos, y dejar un regalo para alguien. De momento se me ocurren cuatro personas. Cinco contando con la chica del bus. Pero no puedo saber a cuántos querré mañana.

---